

Justo al terminar mis estudios de medicina en la UPF y antes de preparar el MIR recorrí Europa de punta a punta en tren. Yo estaba acostumbrado a las comodidades del AVE, con sus cómodos sillones, amplios pasillos, cafeterías... Se notaba que no conocía más mundo que el pequeño reducto en el que me había movido hasta entonces. Como mucho, lo más incómodo había sido un TALGO, en uno de mis viajes a Granada para visitar a mis abuelos paternos. Sin embargo, en cuanto cruzas la frontera, descubres que la pequeña parcela en la que te has criado no es más que un mundo artificial y edulcorado. Nada se parecía a lo que estaba acostumbrado. Los trenes eran sucios e incómodos, y los hoteles pequeños y mucho más caros que en España. Debí parecer bastante bisoño, porque en la primera estación me robaron la maleta, incluido el PC y el DNI y a punto estuve de tener problemas con la gendarmería francesa.